

colección rúbrica



JULIA VILLARES ANLLO

• • • •

EL VIAJE DE LURDES

esstudio
ediciones

UNO

«Solo serán tres días, hermanito». Con esta frase se despidió Lurdes de su hermano en el momento de partir para visitar...

Raúl no acabó de leer el mensaje escrito, un *posit* amarillo en la pantalla del ordenador.

Estaba acostumbrado a que la hermana saliera a revisar lugares, ayuntamientos, monasterios o casas rurales donde alguna lectura, documento escrito, carta u otra cosa pudiera hacerle intuir una historia familiar, digna de darle un espacio en la biblioteca y que estuviera disponible para ser leída por quien tuviese la intriga o curiosidad de conocerla. Sabía que para Lurdes enriquecer los archivos bibliotecarios del barrio era como una misión en la vida. Lurdes, a los ojos de su hermano, era una buscadora nata de documentos escritos u objetos de museo: una ruta turística antigua, la encuadernaba con la importancia de un documento; una factura de un restaurante, lo mismo, dado el valor comparativo con los precios actuales y la evolución económica. Aún tenía presente la tarde que pasó articulando una carpeta en la cual puso dos facturas del restaurante *Mar Abierto*, sito en la Barceloneta: en la hoja de la izquierda, la que consiguió de 1980 y en la de la derecha, otra actual. Luego repitió lo mismo poniendo la nómina de un funcionario

de Correos: también al abrir a la izquierda, la antigua, al llevar la vista a la derecha, la actual. Lo mismo con billetes de *Renfe*: Barcelona-Madrid; Barcelona-Málaga; Barcelona-La Coruña. Y más cosas, porque no se le agotaba la imaginación en lo que pudiera buscar y curiosear. Sobre todo, si a sus oídos llegaba algo referente a libros, enciclopedias o lo que fuera, cuando alguna casa antigua se vaciaba. En fin, que tener a Lurdes cerca era como en la antigüedad tener a un buscador de oro a pie de río con la criba a punto para remover la arena.

Raúl, en cuanto leyó «visitar», no siguió... y por ello tardó horas en saber lo que decía en realidad: «a la abuela». Visitar a la abuela en el pueblo, alegando que había empeorado. Entonces sí, entonces se reprochó no haberla leído completa e intentó localizar a la hermana para que le contara más, pero sus llamadas no obtuvieron respuesta. «¿Por dónde andas, hermanita? ¡Venga, contesta!», repetía en su cabeza, mientras se reprochaba el no haber leído toda la nota en cuanto la vio. Así empezó a dudar: «¿De veras ha empeorado tanto como para que faltes al trabajo y te vayas para allá? ¿Por qué no me has telefoneado antes de irte?», seguía pensando él, y moviéndose en círculo con la nota en la mano, sin saber qué hacer.

Lurdes es bibliotecaria, aunque fuese Historia la primera opción universitaria cuando pasó la selectividad. Entonces decía que quería especializarse en la historia de los pueblos nómadas y las emigraciones masivas, pero, durante el tercer curso, cambió de opinión

y se matriculó en Biblioteconomía, carrera que concluyó con éxito.

Actualmente trabaja en la biblioteca del barrio como suplente, al tiempo que prepara oposiciones para tener una plaza fija en un destino que ella pueda elegir, aunque esta posibilidad sea a largo plazo. Cuando le preguntan dónde le gustaría establecerse para ejercer su profesión y si no piensa, lo primero, intentar quedarse en su ciudad, donde vive la familia, ella responde que ya veremos, porque no quiere pensar tanto por adelantado. A veces, hasta bromea y dice que su fecha de nacimiento le confiere un carácter aventurero y espontáneo y que así piensa seguir.

—Y ¿qué fecha es esa? —le preguntan.

—Un día 23: el 23 de abril de 1985.

Ella cree que esa fecha —en que se celebra el Día del Libro— determinó su vocación. De ahí su afán por buscar libros originales y documentos que fundamenten los escritos presentes conociendo la historia de partida, o la investigación, o la creación artística o la inspiración literaria del autor... Para Lurdes los libros son el *leitmotiv* que rige sus pasos. Le gustan todos. Los libros para ella son el aroma de la palabra, el alimento del saber, el transbordador que nos va elevando desde que aprendemos a juntar letras para leer palabras, un transbordador que se adapta al ritmo de cada uno.

Lurdes es alta y bien proporcionada, con melena pelirroja —peinada con la raya al medio—, que le cubre los hombros. Pero, cuando el cabello atrae la atención de quien la tiene cerca, lo que destaca, en realidad, es la

mirada que ofrecen aquellos ojos castaño claro y pupila negra, iluminándole el rostro, como dos farolillos, en medio de su cara alargada y pecosa.

En su etapa de colegio, los niños se le reían y llamaban *Pipi calzas largas*, eso que nunca le hicieron coletas ni ella quiso trenza. Solo cuando superó la adolescencia, dejó crecer la melena.

Aunque lo más importante no es su físico: es la actitud de prestar atención al interlocutor en cada momento, tal «actitud» parece una tarjeta de presentación de cómo es ella.

«Solo serán tres días, hermanito», seguía Raúl dándole vueltas al mensaje inesperado. Este hecho repentino supuso una contrariedad para él puesto que, al día siguiente, cumpliría 25 años y quería celebrar su cuarto de siglo con los amigos. Si la hermana faltaba, no sería lo mismo. Precisamente era Lurdes quien había insistido en una fiesta especial para esta fecha, poniendo énfasis en los 25. Se había esmerado en prepararla. Le anunciaba diversión y una gran sorpresa.

Raúl nació un 15 de mayo, un año antes que Lurdes. Él no quiso ir a la universidad, no le gusta estudiar, lo suyo es trabajar con la madera. Sus padres intentaron convencerlo de que, con una carrera universitaria, tendría un futuro mejor, principalmente, en que sería menos duro que un oficio manual, pero a él no le gustaban los libros: le gustaba hacer figuras con la madera. Primero consiguió el apoyo del padre quien, viéndolo tan firme,

le dijo que solo le daban consejos desde de lo que ellos creían por su propia experiencia, pero que no querían llevarlo a empeñar su futuro en algo que no le gustase, porque, con ello, nunca trabajaría a gusto. La madre estuvo de acuerdo. Ambos entendieron que el trabajo de por sí ya es duro, por lo menos iban a dejarlo elegir lo que le gustase hacer.

Desde niño, Raúl conocía al señor Andrés Molina, porque su padre era el contable de la carpintería y, algunos sábados, lo acompañaba cuando iba a preparar las nóminas de los dos empleados —Alfredo Borrás y Vicente Gómez—, además de cotejar albaranes y facturas, apuntar en el *Debe y Haber* en el libro de caja; después, hacían el cálculo de gasto posible en las próximas compras y qué porcentaje repercutir en cada encargo de los clientes, a fin de que estos lo aceptasen y a él le dejase cierto margen de ganancia, en resumen: ponerle las cuentas al día.

Mientras carpintero y contable se centraban en ello, a Raúl le permitían hacer montoncitos con tablillas y pequeños trozos de madera —el carpintero le llamaba «niño grande»—. Así, fantaseaba con ser él quien fabricaba una silla, una mesa pupitre para los niños de infantil o un reposapiés para su madre en el que imaginaba esculpir un árbol como una metáfora que le diese sombra mientras ella descansaba.

Lurdes, en cambio, se quedaba con su madre, bien para acompañarla a la plaza de abastos a comprar y, de paso, recordarle a Carmen sus frutas preferidas y las de su

hermano. Luego, en la charcutería, también le recordaba «los mejores embutidos» para los bocadillos, claro que, a menudo, su madre la escuchaba y luego le decía: «Ya veo que pones atención, pero hoy vamos a variar, ya sabes que hay que comer de todo».

Otras veces, se juntaba con la vecinita Mónica Rivero, hija de Elvira, y repasaban juntas los deberes del fin de semana; o bien se encerraba en la habitación y leía escuchando música de casete con los *walkman*. En realidad, su rato de lectura de los sábados no le podía faltar, más largo o más corto, según si iba a la compra o se quedaba en casa, pero siempre tenía que leer y tener algún libro entre las manos para encontrarse a gusto y animada.

Acabó BUP con buenas notas y se matriculó en la universidad. Quería estudiar Historia. Decía que cuando lograrse licenciarse, seguiría con el doctorado para especializarse en migraciones y pueblos desplazados de su tierra, obligados por la necesidad. Pero, a mitad de tercer curso de Historia, cambió de opinión: decidió que quería ser bibliotecaria.

—Bueno, si te has dado cuenta de que no te gusta lo que estudias, no diremos nada, es una lástima que hayas perdido tres años..., pero qué le vamos a hacer —le dijo Carmen—. Ahora bien, este curso acábalo, ya estás en la mitad. ¿Qué vas a hacer sino los meses que quedan hasta poder empezar en la otra facultad?

—No sé, ya veré. Puedo trabajar en algo hasta la nueva matrícula.

—A nosotros nos gustaría que acabases el curso empezado. ¡Y que estudies para sacarlo bien! —intervino

Antonio—. No se trata de que vayas a clase solo para ocupar el día esperando lo nuevo.

—Mira, hija, aunque cambies de carrera, quién sabe si el día de mañana te viene bien tener los tres cursos completos —volvió a opinar su madre.

Les hizo caso. No le costó trabajo darles el gusto a los padres, puesto que la materia le gustaba. Solo era que la nueva vocación le gustaba más.

No pasó lo mismo con Raúl. Él decía que no le gustaba «aprender los libros». Conociendo su preferencia por el oficio, le buscaron una escuela de Formación Profesional orientada a ebanistería.

—A mí me gusta discurrir con las manos. Trabajar con piezas de material y sacar cosas bonitas.

—Es que, para eso, también has de prepararte, ir al colegio —le decían los padres—. Debes de ir siquiera hasta sacar el graduado. Y, después, ya hablaremos, pero no aflojes con los libros, ¿eh? Piensa que si no quieres seguir, te conviene aprobar cada curso para no repetir.

Acabó la formación y se puso a trabajar en la carpintería *Molina*, a tres paradas de metro de la vivienda, aunque él iba y volvía andando.

El Sr. Andrés lo introdujo en el oficio, pero lo que Raúl prefería era hacer muebles pequeños, a ser posible. Él quería aprender a modelar la madera para, a la larga, dedicarse a crear figuritas con ella: quería convertirse en escultor miniaturista en madera. Tenía gran esperanza en conseguirlo.

Dedicaría el tiempo que requería a la jornada laboral para ganarse la vida y las horas que le quedasen libres

empezaría a practicar aquella afición —que deseaba convertir en su profesión—, sin importarle cuántos años pudiera tardar en conseguirlo.

Raúl sospechaba que la fiesta de los 25 era para rodearlo de buenos amigos, llenarle la velada de ilusiones que impidieran el paso a los recuerdos de las últimas celebraciones, porque iba a ser el primer aniversario posterior a la rotura con Teresa, después de más de tres años de noviazgo.

Teresa es un lustro mayor que él. Fue su profesora de Informática, así se conocieron. El día que Raúl fue a pedir información de cursos y precios, ella se quedó admirada de su forma de hablar pausada y firme, esto hacía que aparentase más de los 20 años que tenía. Luego, su modo de interesarse, de formular preguntas directas y la naturalidad con que, le pareció a ella, encaraba la vida. Además de su presencia física: moreno, cara redonda como le gustaban a ella los chicos, ojos negros y un talante alegre que —incluso estando serio— le contagiaba sonrisa con la mirada. En el primer momento, cuando lo vio entrar con aspecto de deportista y el pelo a lo Paul McCartney en los comienzos de los Beatles, ya le llamó la atención. Después de aquel primer saludo, de aquella primera toma de contacto con afán de introducirse en el manejo del ordenador, todo fue sobre ruedas en la comunicación entre ellos, se entendían bien, enfatizaban y cuando —durante o al acabar la clase— surgía algún tema de conversación en el grupo,

entre ellos coincidían, siempre, aunque con el resto hubiera pareceres contrapuestos,

De modo que la profesora empezó a confiarle sus ilusiones e inquietudes y le pedía su opinión. Raúl la apoyaba en las iniciativas. Transcurrido un tiempo, entre los dos proyectaron abrir una academia para ofrecer cursos de Informática, materia para la que ella estaba titulada y él ya había aprendido a desenvolverse bien. Lo animó para que colaborase con ella, incluso impartiendo clases de inicio al ordenador. Le dijo que si organizaba algún curso para personas mayores, él era muy indicado dada la paciencia que siempre demostraba.

Así comenzaron a quedar más veces y más tiempo de lo que el trabajo del momento requería. Pronto la excusa de la academia quedó al margen de las salidas, cada vez pasaban más horas juntos, crearon otros vínculos de relación y se prometieron, con planes de formar su propio hogar cuando los ingresos económicos se lo permitieran.

Pero la academia fracasó: no le llegaron las subvenciones que esperaba conseguir de la Diputación y, con las cuotas de los pocos alumnos, le era imposible cubrir gastos, por lo que tuvo que cerrar.

Entonces, Teresa decidió romper con todo, también la relación con Raúl. Decidió emprender una nueva experiencia en otro lugar que, ella creyó, le daría más facilidades para prosperar y emigró a Canadá con su currículo de buena informática.

Él no pudo comprender el porqué —aunque fracasara el negocio— tenía que dejar la relación, volver a la

vida anterior a lo que había vivido, como algo maravilloso de aquellos años en comunión, y creía que así era para los dos. Inútil el intento de convencerla. Incluso queriendo viajar e intentar juntos abrirse paso en el país que ella eligiese. Nada. No quiso ni siquiera darle esperanza de que, si lograrse establecerse allí, llamarlo para reanudar lo que interrumpían en aquel momento.

—Estoy demasiado insegura con mi vida. No puedo aceptar que condiciones tu futuro al mío y fracasar los dos —le dijo Teresa Arroyo en la despedida.

—Deja que yo decida lo que quiero y, sobre todo, con quién quiero vivir mi vida.

—Mira, Raúl, hoy por hoy, la única certeza que tengo es que este nuevo rumbo en mi camino he de recorrerlo sola. Fue muy bonito lo vivido contigo en estos poquitos años que nuestras vidas estuvieron unidas y, si fuera posible, seguiría contigo. Te pido perdón por no haberme dado cuenta antes de que acabaría haciéndote daño, lo siento y, si te sirve de algo, te diré que no me es nada fácil.

Así se acabó la conversación.

«Mi chica me dejó», le dijo a su jefe, el Sr. Andrés, testigo de la ilusión de Raúl durante aquellos años, comprensivo con él cuando redujo la jornada de trabajo para colaborar y pasar más tiempo con su novia y, también, un amigo que le hablaba con la voz de la experiencia.

—Mira, chaval, vuelve a tus ocho horas. Aquí hay trabajo y me vendrá bien —le recomendó el que era su